

Andújar. Historia y literatura. Lecturas de una ciudad letrada

JUAN CARLOS TORIBIO FERNÁNDEZ¹

A partir de un siglo de publicaciones (1916-2016) literarias, novelas y libros de viajes, Andújar es protagonista. De ese siglo de letras, el relato literario viene a complementar la lectura historiográfica. Plantearemos diez referencias textuales.

I. 1ª REFERENCIA: DE EUGENIO NOEL. TÍTULO: “SEÑORITOS, CHULOS, FENÓMENOS, GITANOS Y FLAMENCOS”. RENACIMIENTO, 1916

Leemos en: “Andalucía: cinco miradas críticas y una divagación”, edición de Alberto González Troyano. Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2003.

Noel, que se llamó Eugenio Muñoz, nació en Madrid en 1885 y murió en Barcelona en 1936. Era hijo de un oficial de barbero y de una lavandera. La duquesa de Sevillano, para la que trabajaba la madre, lo tomó bajo su protección y lo mandó al Seminario de San Dámaso, donde estudió latín y filosofía, pero no encontró Noel el gusto por la vida diocesana. En 1909, al estallar la campaña de Marruecos, se alistó voluntario, y desde África envió unas crónicas que verían la luz con el título

¹ Juan Carlos Toribio Fernández es profesor de Literatura, escritor y editor literario. Email: edicionesjcarlostoribio@hotmail.com

de “Notas de un voluntario” (1909) y que causarían sensación nacional y lo llevaron a la cárcel. Al salir comenzó una campaña antitaurina por toda la Península y América, al modo de las que había desarrollado Joaquín Costa contra el caciquismo. Andalucía será el caldo de cultivo de lo que Noel pretende criticar con vehemencia: el flamenco y los toros, el ambiente de ‘señoritos, chulos y gitanos’, ese mundillo del cante y las cañas de manzanilla, de juegos y olés acentuados... Como nos dice González Troyano: “Eugenio Noel manifiesta conocer el ambiente andaluz del flamenquismo mucho mejor que cualquier revistero de los espectáculos que él tanto denigra. En su personalidad debían fundirse, con peculiar ambivalencia, admiración y rechazo, de ahí el mimetismo lingüístico con lo denigrado y el aliciente que le presta el ser una crítica desde dentro. Pocas fuentes más frescas y bien surtidas para reencontrar la Andalucía aplebeyada y flamenca cuyo despliegue ya vaticinó Cadalso.” (p. 33).

Noel publicaría varias novelas: “Alma de santa”, “El allegreto de la sinfonía VII”, “La reina no ama al rey”, “Los frailes de San Benito tuvieron una vez hambre”, “El rey se divierte”, mas donde concentró su antiflamenquismo fue en dos semanarios: “El chispero” y “El flamenco”.

El 23 de abril de 1936, enfermo y derrotado tras un viaje por América, murió en un hospital de beneficencia barcelonés.

Las palabras referidas a Andújar con las que cierra el Reverso del texto presentado por González Troyano son:

“Un ‘angelito’ de Morón enferma de idiosincrasia en Andújar; el natural de Úbeda se fastidia en Niebla; uno de Baza y otro de Antequera se ‘pasman’ si se encuentran. Su orgullo de taifas ha sobrevivido al llanto de Boadil, y se juzgan felices en su independencia. Si uno de Andújar oye hablar mal de Andalucía hay que dejarlo solo, porque el niño se transforma en fiera corrupta; pero si en su divina presencia se habla bien de Marbella o Estepona o ronda o Pueblo Nuevo del Terrible, hay que amordazarlo, porque Andalucía es él, y ‘tó’ lo demás no es más que lo que él quiere que sea y en paz.”

¿Qué viene a decirnos Noel? La originalidad del planteamiento discutible nos puede llevar a lo no discutible. Por ejemplo, la dificultad histórica de compartir una sola idea de lo andaluz, una idea homogénea,

¿es discutible? Creemos que no. La naturaleza del enfrentamiento de contrarios puede tener rasgos subjetivos, pero su existencia ¿es discutible? Andalucía para Noel no es un todo, sino una multitud de unos, de reinos de taifas, de minúsculas independencias más o menos chauvinistas. No olvidemos que el texto se publica en 1916, un año después de “El ideal andaluz” de Blas Infante. Creemos que Noel no creía en ‘un’ andaluz; tal vez sí en lo andaluz. Tal vez, pero. En lo referente al paradójico chauvinismo del ‘niño’ de Andújar, ¿qué decir? ¿Contradicción risueña? ¿Un punto estúpido de yoismo? Andújar, España. Que los lectores del futuro, si los hubiera, aprendan, rebatan, discrepen o etcétera.

II. 2ª REFERENCIA. ANDÚJAR, SIGLO XV: 2 NOVELAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ, 1 NOVELA DE NOAH GORDON

Introducción. Sabido es que la población judía en España fue numerosa y significativamente importante en los siglos centrales de la Edad Media. Los judíos fueron fieles servidores de los reyes y éstos encontraron y reclutaron muchos de sus funcionarios en la comunidad judía. Brillaron los nombres de filósofos, poetas y hombres de ciencia. En la medicina ejercieron casi un monopolio. En el sombrío siglo XIV fueron ‘chivo expiatorio’ de los males de la población, sufriendo persecución que culminaría en 1391, año en que gran parte de las juderías de Castilla y Aragón fueron asaltadas y asesinado gran número de sus moradores. Muchos judíos se convirtieron y así surgió un nuevo grupo social: los conversos. La bula de Sixto IV en 1478 creaba la Santa Inquisición que, en un principio, no tenía potestad sobre los no bautizados. En 1481 comenzó la Inquisición sus actuaciones en la baja Andalucía primero y luego en toda España. De unos diez mil judíos condenados a muerte por la Inquisición en los tres siglos largos de existencia, la mitad lo fueron en el reinado de los Reyes Católicos. El deseo de acabar con los falsos conversos no sólo inspiró la fundación inquisitorial, sino también la posterior expulsión en 1492. Se quería, al parecer, evitar la permanente tendencia que para los conversos significaba la convivencia con sus antiguos correligionarios.

Tanto las dos novelas de Blasco Ibañez, “En busca del gran Kan (Cristóbal Colon)”, y “El caballero de la virgen”, como la de Noah Gordon,

“El último judío”, dejan entrever la incompreensión del pueblo judío hacia estas medidas, sobre todo en aquellos sectores sociales y económicos que habían colaborado con los Reyes en sus gastos bélicos. Gracias al libro de Enrique Toral Peñaranda, “Andújar en el siglo XV”, hemos podido leer dicho decreto de expulsión.

Vicente Blasco Ibañez (Valencia, 19 de enero de 1867- Menton, Costa azul francesa, 28 de enero de 1928) en sus últimos años de vida, desde su retiro francés, no cesó en sus empeños políticos y literarios. Promueve una campaña contra la monarquía española: lanza desde un avión, sobre territorio español, un panfleto titulado “Por España y contra el rey”, y escribe un conjunto de novelas con trasfondo histórico con las que se propone difundir las grandes glorias españolas: “La reina Calafia” (1923), sobre la colonización de California; “El Papa del mar” (1925), sobre el Papa Luna y su tiempo; “A los pies de Venus” (1926), sobre los Borgia; “En busca del gran Kan” (1929) y “El caballero de la Virgen” (1929), sobre la aventura del descubrimiento de América. Las dos últimas, póstumas. Sobre estas dos últimas novelas se centrará la primera parte de esta referencia. (Leemos en “Obras Completas”, volumen III. Aguilar, Madrid, 1949. 2ª edición)

“En busca del gran Kan (Cristóbal Colon)”. La novela está dividida en tres partes: I El hombre de la capa raída; II El Señor Martín Alonso; III El paraíso pobre. La primera parte consta de seis capítulos, la segunda de cuatro y la tercera de seis. La novela lleva una coda titulada “El misterio de Colón. El novelista al lector”. Como rasgo historicista, los capítulos de la narración van todos titulados al estilo caballeresco y cervantino, con una especie de resumen de los hechos. Así, el primer capítulo se titula: “Lo que pasó hace cuatrocientos treintaseis años en el camino de granada a Córdoba”. La acción se sitúa en 1492, así comprobamos que la fecha de escritura es la de 1928. Dos elementos cronológicos perfectamente detallados: el encuadre de la acción narrativa desde el ajuste temporal de la escritura. Esto será muy típico de la literatura folletinesca entre dos siglos, pues la intención didáctica es primordial: narrar intentando facilitar la comprensión lectora. No olvidemos que el autor valenciano será un gran divulgador literario a través de las publicaciones periódicas llamadas folletines.

La novela comienza con la descripción de una escena primaveral, a “las primeras horas de la tarde” cuando “parecía respirar la tierra el rigor y los perfumes de su rigor primaveral”. En la soledad de un camino, dos jóvenes luchan contra el cansancio por proseguir su andadura. Son Fernando y Lucero. En un primer momento sabemos que son compañeros, es decir, hombres, aunque el más joven, de “ojos negros, rasgados en forma de almendra”, tiene un “rostro delicado, casi femenino”. Ambos quieren llegar a Córdoba y dormir esa noche en la ciudad, pero caen rendidos, el más joven dice: “-No puedo más, Fernando. ¡El Señor me valga!”.

Las últimas gotas de vino reanimarán momentáneamente a Lucero, pero Fernando se convence de que esa noche no llegarán a Córdoba y tendrán que dormir a cielo raso. Enseguida leemos: “Los dos habían nacido en Andújar: él tenía diecisiete años; y Lucero, quince”. El padre de Fernando, Pedro Cuevas, había guerreado contra los moros granadinos como escudero de uno de los señores que acompañaban al rey don Fernando. Y cayó muerto por dos “saetas mahometanas”. Nuestro personaje será pues hijo de viuda, “vigoroso de cuerpo y aficionado a peligros y violencias”. Ha elegido Blasco Ibáñez los apellidos con certera decisión: de un lado Cuevas, apellido cristiano; de otro Cohen, apellido hebreo que en su origen relaciona a la persona con oficio sacerdotal. El padre de Lucero es Isaac Cohen. En un prodigioso flash back, Blasco nos muestra la polémica de los judíos en la fase anterior al dominio de los Reyes Católicos. Algunos judíos eran conversos o cristianos nuevos, otros no, otros seguían siendo judíos. Leemos: “Don Isaac era uno de ellos. Mostrábase humilde y conciliador con los enemigos más encarnizados, acogía las injurias sonriendo, sus palabras eran siempre dulzonas, pero esta modestia ocultaba una voluntad irreductible en materias de fe. Necesitaba creer lo que habían creído sus padres, sus abuelos, las numerosas generaciones de judíos que, según tradición guardada en las Aljamas, habitaban la tierra española dos mil años, mucho antes que existiese el cristianismo. Siendo el más rico de los suyos en Andújar, socorría a los judíos pobres con sus dineros, y a todos los de su ley con palabras de entusiasmo en los momentos de persecución.” Y más adelante leemos que “durante el sitio de Granada, el judío de Andújar ayudó a los Reyes, como muchos otros de su religión...” Pero sabido es que en

1492, los Reyes firman un decreto que prohíbe la presencia de judíos en sus reinos. A los residentes se les otorga un plazo para abandonarlos de acuerdo con las leyes del reino, que prohíben la salida de metal precioso, caballos y armas. La conversión permitía eludir el destierro. Las comunidades hebreas aconsejaron que toda hembra mayor de doce años se casase inmediatamente. Esta disposición, dice Blasco, “alarmó a los dos jóvenes de Andújar más que el edicto dado por los Reyes”. Y sabemos que un hidalgo cristiano algo mayor hacía proposición de casamiento con la hija del judío Isaac Cohen. Ahora entendemos mejor el inicio de la novela. Las dificultades y la relación de los dos jóvenes los llevarán a fugarse de Andújar. Lucero, ella, huirá vestida de varón. En principio, el destino de los jóvenes será Córdoba, siguiendo el curso del Guadalquivir, alternando las pistas. El principal temor, tropezar con la Santa Hermandad. Los víveres se acaban, los jóvenes desfallecen en su camino. Su fortuna será la que les proponga un caballero seguido de su criado. Fernando Cuevas se declara cristiano viejo y a su ‘amigo’ lo llama Pedro Salcedo “acordándose del nombre de un amigo suyo de Andújar”. El caballero que los va a proteger se dirige a Córdoba y dice: “En Córdoba, a donde vamos, me conocen con diversos nombres. Para algunos fui capitán, para otros, simple maestro. Muchos me llamaban el hombre de la capa raída. Ahora los reyes han mandado que todos me den tratamiento de don... Llámame don Cristóbal. Cuando lleguemos a la mar me llamarás de otro modo”. El hombre de la capa raída es Cristóbal Colón. La novela avanza, estamos en Córdoba, conocemos al físico Gabriel Acosta, un marrano, que así llamaban a los judíos conversos, casado con doña Mencía. Conocemos el papel de los judíos en esa encrucijada que llevó a Isabel al trono de Castilla y al matrimonio con Fernando de Aragón. Conocemos el papel de los conversos en la España de los siglos XIV-XV. En la novela, Acosta conocerá a Colón en 1486. Y leemos las vicisitudes del futuro maestro, sus planes, sus amores extramatrimoniales, su sueño de descubrir una nueva ruta a las costas de Asia, su conocimiento de algunas tierras intermedias, sus dudas sobre si su descubrimiento se acercará por occidente a las tierras del gran Kan o a un mundo nuevo. El 3 de agosto de 1492 saldrá de Palos. En la ciudad onubense estamos: comienza la segunda parte de la novela. Fernando Cuevas y Lucero sirven a Colón. Lucero sigue pasando por joven paje

disimulando su sexo. Los jóvenes se encuentran a solas en las inmediaciones del convento de la Rábida, hablan de su porvenir. Se prepara el viaje. En el capítulo IV conocemos las hostilidades que sufren los jóvenes por parte de Pedro de Terreros, maestresala de Colón. Leemos que Colón “exigió que Lucero quedase para los trabajos del alcázar de popa en la Santa María... Fernando Cuevas, más vigoroso, pasase a proa como paje de mar...” Introduce Blasco una costumbre histórica: llamar a un personaje con el topónimo de su lugar de nacimiento. Así, Fernando Cuevas pasa a ser paje Andújar. El viaje sigue. Lucero, almadiada una noche, es atendida por Fernando. El 9 de agosto llegamos a Gran Canaria. El 6 de septiembre se reanuda el viaje siguiendo el paralelo 28 para evitar un conflicto con Portugal. El 12 de octubre, desde la cofia de la Pinta, Rodríguez Bermejo da el grito de ¡Tierra!

En la tercera parte de la novela, las riquezas del gran Kan no aparecen. En el capítulo II leemos: “...fue este domingo el mejor día de toda la navegación para Lucero y Fernando Cuevas. Por primera vez pudieron bajar a tierra juntos”. Vuelven nuestros jóvenes andujareños a ser protagonistas. En medio de un edén, bañándose, nadando, besándose. Son descubiertos por Pero Gutiérrez. En el cap. IV, este personaje le confiesa a Lucero haberlos sorprendido a ella y a Cuevas como “una pareja del paraíso”. ¿Qué pasará? Nuestra pareja viajará de vuelta a España con Colón. Acosta se ofrece para arreglar bautizo y casamiento. El segundo viaje de Colón comienza a prepararse.

¿Por qué eligió Blasco Ibañez a una pareja de judía y cristiano, ambos de Andújar, para construir una historia dentro de la historia. Una historia de amor y de esperanza dentro de la historia de la utópica esperanza que supuso el descubrimiento? Tal vez planteaba un final feliz a un drama histórico. Una victoria del amor frente al desatino de la realidad histórica. Pero, ¿por qué elige a dos jóvenes andujareños?

En la coda que sigue a la novela, más allá del análisis del personaje histórico y otras connotaciones, nos dice Blasco que la tercera explicación del misterio, se refiere a la trama en general, es el judaísmo. Y se refiere a Colón como vidente exaltador de los profetas del antiguo pueblo de Israel. En sus tratos mostró una predilección especial por los conversos de España, y éstos le protegieron no menos. ¿Fue Colón judío converso? Los misterios en torno a la figura de Colón siguen vivos. 68

años después de publicada la novela de Blasco, Juan Eslava Galán escribe “El secreto de Cristóbal Colón” (en “Templarios, giales, vírgenes negras y otros enigmas de la historia”. Planeta, Barcelona, 1997). En este texto el autor jienense intenta resolver algunos de esos misterios.

El Caballero de la Virgen (Alonso de Ojeda). La novela es continuación o secuela de “En busca del gran Kan”. Como esta, se divide en tres partes: “La Reina Flor de Oro”, “El oro del Rey Salomón” y “El Ocaso del héroe”. En los preparativos del segundo viaje, el 25 de septiembre de 1493, salían los expedicionarios de Cádiz, y sabemos que Fernando y Lucero “eran los únicos que habían figurado en el viaje anterior”. La figura de Cuevas le sirve a Blasco para recordar sucesos del primer viaje. Don Alonso de Ojeda es el caballero de la Virgen. El hijo de nuestra pareja será el primer nacido en la Isabela. Fernando tiene “casa propia” y al final de su propia calle “veía alzarse” un muro de piedra. “Era la muralla recién construida de Isabela, la primera ciudad fundada por los españoles. Enero de 1494. El bautizo de Alonsico, el hijo de nuestros andujareños, se acerca. El protagonismo de nuestros jóvenes continúa. La fama y el respeto hacia Colón se van a ir trocando en una profunda animadversión. En la segunda parte, Colón cree haber descubierto el paraíso terrenal, va a ser llevado a España encadenado. El antiguo paje Andújar y su mujer viven desahogadamente. Él va a trabajar como vedor en las minas llamadas del Rey Salomón. Colón volverá en su cuarto y último viaje. Un fraile al desembarcar en Santo Domingo buscará a Cuevas para entregarle una carta que le habían dado en Córdoba. El doctor Acosta se acordaba de Lucero y de su hijo. Les enviaba también una bolsa llena de monedas de oro.

El 20 de mayo de 1506 muere en Valladolid Cristóbal Colón. Fernando Cuevas tendrá que viajar a España enviado por Ojeda para solicitar el permiso para conquistar las minas encontradas en Panamá. La animosa Lucero tendrá que acometer espada en mano al intrépido Ojeda, “haciéndole derramar sangre y lágrimas”. Una tarde, el tal don Alonso se arrojó sobre ella con “una pasión agresiva, los ojos extraviados por el deseo, los brazos y las manos temblorosas de pasión”. El caballero de la Virgen retrocederá arrepentido.

En el capítulo 2º de la 3ª parte leemos: “Cuevas, que murió de viejo, nunca pudo borrar de su memoria este largo y horrible viaje a través de

las ciénagas de Cuba. Hablando años después en Santo Domingo con Fray Bartolomé de las Casas, el célebre obispo, defensor de los indios que se ocupaba en escribir la historia de la conquista de las nuevas tierras, este le dijo así: -Los padecimientos de los españoles en el Nuevo Mundo exceden a los que han sufrido los hombres de todas las naciones; pero los de Ojeda y las gentes que ibais con él superan a los demás.”

Cuevas llegará a viejo oyendo hablar de las hazañas de Hernán Cortés en México y Francisco Pizarro en Perú. Al final dirá: “De España vinimos para trabajar, para construir un mundo nuevo, rabiando y muriendo muchas veces como animales. Lo que hacemos ahora, tal vez dure siglos, y después llegará un día en que los hijos de nuestros hijos nos echarán tranquilamente de la casa que levantamos para ellos a costa de tantos sufrimientos, de tanta sangre...”

El último judío, de Noah Gordon.

“The Last Jew” se publica en 1999. La 1ª edición española es de 2012 (Roca editorial, Barcelona). La traducción es de Mª Antonia Menini.

Noah (Noé) Gordon, de origen judío por línea materna, nació en 1926 en Worcester, Massachusetts, EEUU. El reconocimiento literario le vino con la novela “El médico”, publicada en 1986.

“El último judío” toma como punto de partida la expulsión de los judíos de la España del siglo XV. La novela arranca en Toledo en agosto de 1489. El hijo mayor de Helkías Toledano, famoso platero judío, es asesinado cuando lleva al priorato de la Asunción un relicario que ha de guardar un trozo de hueso del fémur de Santa Ana, madre de la Virgen María. La reliquia será robada. La problemática de los conversos queda enseguida representada en la figura del médico Bernardo Espina, heredero del primer asentado en la península ibérica. Se nos habla de la matanza de cincuenta mil judíos en 1391 y cómo el Papa Sixto IV funda la Santa Inquisición e 1478 para la vigilancia de los cristianos descarriados o marranos. La incomprensión del pueblo judío, colaborador de los reyes de Castilla, se agiganta en 1492 con el decreto de expulsión.

Yonah Toledano, segundo hijo de Helkías, se encuentra solo y separado de su comunidad y de su familia e inicia un largo periplo de viajes, trabajos, identidades que con mucho ingenio lo harán sobrevivir hasta convertirse en un famoso médico en Zaragoza. Así, lo vemos trabajar en

una hacienda en Ciudad Real, para un alguacil en la cárcel, albañil en la catedral de Salamanca, pastor, aprendiz de armero en Gibraltar y médico en Aragón. Se trata de una novela en la que las intrigas y traiciones dentro de la propia iglesia católica están a la orden del día. Pero Yonah alcanzará su empeño de seguir sintiéndose judío. En el capítulo 20 viene de convivir con el pueblo romaní en el Sacromonte granadino. El ruido inquisitorial le empuja a huir. Su amigo Mingo le ayuda. Y leemos en p. 162: “El enano le prestó un último servicio, disponiendo que cabalgara con dos romanís, los hermanos Ramón y Macot Manigo, que tenían que entregar unos caballos a unos tratantes de Baena, Jaén y Andújar”

Y el enano le dice: “Macot Manigo tiene que enviar un fardo a Tánger por medio de una nave en la que embarcará en Andújar. El barco es propiedad de unos contrabandistas moros, con quienes nosotros los romanís llevamos muchos años comerciando. Macot intentará colocarte en este barco para que bajes con él por el río Guadalquivir.”

Y en p. 167 leemos: “Los tratantes de ganado permanecieron demasiado tiempo en Baena, donde le entregaron cinco caballos a un tratante gitano que ofreció un festín en su honor, y en Jaén, donde dejaron otra media docena de animales. Para cuando entregaron los últimos nueve caballos a un ganadero de Andújar, ya llevaban casi un día entero de retraso. Yonah y los hermanos se dirigieron a la orilla del río, totalmente convencidos de que el barco africano ya habría llegado y se habría ido, pero el barco aún estaba amarrado al embarcadero.”

En Andújar se embarcará en un bajel fluvial que lo llevará a Cádiz. Y de allí...La novela acaba en Aragón en la primavera de 1509. Y Yonah seguirá siendo judío.

III. 3ª REFERENCIA: EL GUADALQUIVIR NAVEGABLE

Leyendo la novela de Noah Gordon hemos tenido un sueño histórico, una mirada hacia el pasado que nos ha hecho plantearnos una pregunta: ¿cómo sería el Guadalquivir navegable a su paso por Andújar? Andújar y su embarcadero. Estamos en el siglo XV. Al hilo de esta ensoñación, recordamos el libro de Juan C. Gay Armenteros y Cristina Viñes Millet: “La Ilustración andaluza” (nº 46 de Biblioteca de Cultura Andaluza, 1985. Especialmente el capítulo 9: “Otras reformas”) Hay que

hablar de Olavide y del sueño reformador de hacer navegable el Guadalquivir. En páginas 200-201 leemos: “En 1777, el Asistente logró que el Consejo de Castilla se interesara en un plan para hacer navegable el río, primero hasta Córdoba y luego hasta Andújar...” Sabido es que Olavide logró enviar barcazas de trigo desde Córdoba a Sevilla. En el libro también se nos informa de las talas que se realizaron en los bosques de Segura al hilo del desarrollo de la Marina. En pág. 187 leemos: “...en Andújar y Córdoba, al paso, la pinada vendía piezas para construcción, otras que se hundían demasiado y algunas dispersadas con la crecida del río.” El sueño de Olavide de realizar una gigantesca obra de ingeniería consistente en trazar un canal desde Sevilla a Andújar, se demostró imposible.

Otro libro nos lleva de nuevo a leer sobre todo esto: “De Segura a Trafalgar” (El Olivo de Papel, Torredonjimeno, 2010, 2ª edición) del profesor Vicente Ruiz García. Haciendo un resumen diremos que el libro plantea cómo los troncos de la sierra de Segura ayudaron a construir los navíos que intervinieron en la batalla de Trafalgar. La creación de la provincia marítima de Segura va a estar relacionada con los deseos modernizadores de la Armada española. La importancia de figuras como Ensenada o Floridablanca no pasan desapercibidas. En pág. 152 leemos: “Es nueve de mayo de 1764 y los cargos de madera navegan con normalidad a la altura de Andújar pues no se han producido incidentes de importancia ni retrasos de consideración.” Tanto en Andújar como en Córdoba se crearían factorías que controlarían los palos apeados en las orillas y así estos pudieran ser vendidos a los pueblos vecinos. En julio de 1776, algunos navíos esperan en la Carraca, “necesitados de cadenas u otras reparaciones, a la espera de más de dos mil troncos que navegan por el Guadalquivir rumbo al arsenal gaditano”. Por el camino, “han quedado varadas 66 piezas en los términos de Chiclana, Beas, Villanueva del Arzobispo, Santisteban, Sabiote y Andújar.” (p. 195).

Maderas que sirvieron para muchos proyectos. Sueños históricos en los que Andújar fue parte y testigo. Como aquel del arquitecto hidráulico italiano Fray Bautista Antonelli en 1559 de hacer navegable ese río como lo estuvo en lo antiguo hasta Andújar.

IV. 4ª REFERENCIA. ANDÚJAR Y SU ROMERÍA EN “SERENATAS SIN GUITARRA” DE ANDRÉ VILLEBOEUF

Este es el título del libro que Espasa-Calpe terminó de imprimir el 3 de julio de 1958, en su colección Austral (nº 1284). Su autor, André Villeboeuf, nacido en París el 2 de abril de 1893, moriría en la finca de sus amigos Carlos y Maite de Aguilar, en Paradas, muy cerca de Sevilla en 1956. Se trata de un libro póstumo. La edición lleva un prólogo de Domingo Ortega y un epílogo de Antonio Díaz Cañabate. El traductor es Julio Gómez de la Serna que también escribe ‘una cuartilla liminar’.

André Villeboeuf, ilustrador, acuarelista famoso, pintor y decorador de teatro, viajó por casi toda España, según nos cuenta, desde finales de los años 20 del siglo XX. 30 años de viajes y de amistades; de pintura, de ciudades, de personajes. Nos habla de flamenco, de gitanos, contextualizando su presencia con el hecho narrado. Y de mujeres. De su amistad con el gran crítico Antonio Díaz Cañabate surgirá un debate muy interesante sobre el concepto de españolada. Es algo más que un libro de viajes; son casi unas memorias que saltan de un presente al pasado y viceversa. Habla de luz y de oscuridad; de Murillo y de Goya; de la aparente artisticidad de algunos pueblos; de Falla; de la Alhambra...En el Preámbulo, el autor nos dice: “Este no es el libro de un moralista, sino el de un cazador de imágenes, de un narrador de anécdotas en negro y en colores...”

En el epílogo, Antonio Díaz Cañabate, que lo trató durante 30 años, dice que era un hombre de ‘curiosidad insaciable’. Y bien acompañado casi siempre en sus conocimientos y ensalzamiento de los colores y costumbres de Andalucía, del mundo de los toros, del flamenco, del baile, del vino de Valdepeñas, de los cigarrales de Toledo y del barrio de Santa Cruz. De Jerez y de Madrid. De Madrid, siempre. De Calanda...y de Andújar.

El libro se organiza en 12 capítulos. El 3º se titula “El demonio del baile”. Y habla de una visita realizada en 1935. Dice así: “Mientras se desplegaban estas imágenes, no podía yo dejar de pensar en otra fiesta andaluza a la cual asistí en la primavera de 1935. Se trataba de la romería de la Virgen de la Cabeza, cuyo Santuario, colgado sobre un pico de Sierra Morena, dominaba todo el horizonte.” Era, nos cuenta,

un hermoso día de primavera, vibrante de luz, de savia, de perfumes... Llegados de Madrid, los viajeros habían dormido en Marmolejo y, tras un delicioso almuerzo con tortilla de judías, se dirigieron al Cerro. Dice: “La pendiente era dificultosa, abrupta, rocosa. Ya en las cercanías del santuario, antigua construcción de estilo románico, que conmemora una aparición de la Virgen, los senderos rebosaban de fieles. Había allí inválidos que empleaban horas en la subida y hombres válidos que, por penitencia, efectuaban la ascensión arrastrándose sobre las rodillas para llegar sangrando al picacho.

Al fin, la morena Virgencita de la Cabeza, con su delicada y minúscula silueta de muñeca sagrada, apareció llevada a hombros. Al verla, la concurrencia estalló en hosannas.

Termina el autor preguntándose cómo iba a imaginar que en aquel lugar se verificara uno de los episodios más dramáticos de la guerra española.

El capítulo 5 se titula “La ruta de Don Quijote”. Arranca en Córdoba, recreando la escena de ‘Carmen’ cuando las mujeres se bañan en el Guadalquivir, pasa por Peñarroya y dirección Madrid, recalca en Andújar. Leemos: “Al tomar la carretera de Madrid remonto el curso del Guadalquivir para quedarme cuarenta y ocho horas en Andújar. Esta viejísima y noble dama, la Iiliturgis de los íberos, la Andura de los romanos, la Alturja de los árabes, es poco conocida de los turistas; pasan por allí, generalmente, sin detenerse; es verdad que la carretera contornea la villa y que las guías no le dedican más que unas líneas. Su belleza y sus riquezas merecerían más.”

Continúa: “Bajo el puente romano, el Guadalquivir hace correr sus aguas y fecunda un valle rico en frutos y legumbres. Andújar es una villa clara, próspera, que ha conservado la sencillez de las villas antiguas. En las calles, los asnos y las mulas trotan cargados de hierbas forrajeras moteadas de amapolas; nada de autocares ni de trolebuses; todo lo más algunas tartanas atestadas de campesinos, venidos de las cercanías para vender sus lechugas y sus cabritos.

Al pie de la vieja muralla mozárabe corre una fuente. La fuente sor-da. Dos chorros de agua brotan de debajo de la piedra en la que está esculpido el escudo de la villa. El sitio es pintoresco; me detengo allí para

dibujar, mientras un pastor hace sus abluciones en la fuente. Parece tan contento de lavarse que me invita a imitarle diciéndome que el agua le ha sido dada al hombre por Dios, como un artificio del Paraíso.”

Nos habla de la fachada Renacimiento de la casa de los hijos de don Gómez, de San Miguel, del acoso de la chiquillería cuando lo ven dibujar y destaca: “Entre mis libertadores, en particular mi gratitud a un oficial de la estafeta y un estudiante. Siento haber olvidado el nombre del empleado; el estudiante se llama Antonio Delgado Gómez.” Éste le hará de guía y lo lleva a admirar la morada del marqués del Contadero y la de los Albarracines. Y nos dice: “este palacio está situado en la plaza de los Mártires, centro de un decorado medioeval formado por la torre del Reloj, el campanario de San Miguel y la iglesia de Santa María la Mayor...oculta un tesoro, un cuadro Greco, uno de los más bellos y menos conocidos: ‘La oración en el Monte de los Olivos. La descripción del cuadro es de nota y serviría como comentario a cualquier aspirante a bachiller. El paseo termina ante el Ayuntamiento y el palacio de Gracia Leal, “donde se firmó la capitulación de Bailén”. Así termina esta joya referencial de Andújar en el mundo literario. Ojalá que se lea un poco más en el futuro.

El libro termina con estas palabras: “Sí, amo a España desde lo más hondo del corazón; lo primero, por el constante recreo que me ofrecen sus paisajes, sus contrastes, su belleza, de una desmesura con frecuencia angustiadora. La amo...”

V. 5ª REFERENCIA. ANDÚJAR Y EL MAQUIS EN LA TRILOGÍA DE “LOLA, ESPEJO OSCURO” DE DARÍO FERNÁNDEZ FLORES

A Darío Fernández Flores (Valladolid, 1909- Madrid, 1977) le debemos una de las apariciones estelares de Andújar y/o su entorno en la narrativa española de la 2ª mitad del siglo XX. Antes de la guerra civil, había publicado dos novelas: “Inquietud”, 1931 y “Maelstrom”, 1932. Al terminar la guerra, llegará a ser censor y trabajará en la Vicesecretaría de Educación popular de FET y de las JONS. En junio de 1950, publica “Lola, espejo oscuro” que tendrá un importante éxito, llegando a su séptima edición en 1967 y siendo traducida al sueco, holandés, italiano, inglés y alemán. En 1966 se llevará al cine en una producción de Ága-

ta Films. Con las trazas de la picaresca, Fernández Flores da voz a una mujer, una prostituta que testimonia la corrupción del Madrid de los años cuarenta, entregado a la codicia y a la lujuria vergonzantes bajo una capa de honorabilidad protegida por el manto de las censuras y las complicidades. Pero, ¿quién es Lola, espejo oscuro? Una prostituta que triunfa en Madrid, María Dolores Vélez, criada en el hospicio de Almería, recogida con trece años por unos porteros de la calle real. Gracias a Juan, un amigo, redactará sus memorias o recuerdos.

En febrero de 1971 saldrá la 2ª parte: “Nuevos lances y desventuras de Lola, espejo oscuro”. Esta vez sus historias serán grabadas en un magnetofón. Son 9 las historias que componen el libro y tienen cierta autonomía, lo cual permite leerlas por separado. El capítulo 8 se titula: “Milagro en la sierra”. Lola viaja con Dieguito y han de parar en la carretera pues un pino les impide el paso. Dice: “Dos hombres salieron de los lados del pinar. Uno apuntaba con un fusil y el otro con una pistola ametralladora”. Han de bajarse del coche, un Adler. La guerra había terminado en abril, ella tenía 18 años. En la pág. 228 (2ª edición, marzo de 1974, Plaza-Janés, Barcelona) leemos: “Aquella mañana, Dieguito se había empeñado, en Andújar, adonde habíamos ido para un asunto de su comercio, en que nos llegáramos hasta el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, allí donde aguantaron tanto los civiles de Jaén durante la guerra. Para ello, había que atravesar la sierra y, por entonces, las sierras estaban llenas de maquis y de lo que no eran maquis, sino bandoleros dedicados al secuestro y a saquear. Yo no quería ir y resistí lo que pude, pues aquella excursión se me antojaba una tonta temeridad. Pero el Dieguito, como hombre pequeño que era, se las echaba de valiente y se emperró tanto que tuve que ceder. ¡A ver qué iba a hacer una cuando la tienen entretenida como me tenía él a mí!

El hecho es que fuimos, vimos las ruinas del Santuario, nos llegamos al pantano del Jándula, comimos en una venta y cuando nos volvíamos, todavía con buena luz, tuvimos un mal pinchazo que nos llevó un buen rato remediar. Se nos echó, pues, la noche encima y ahora pasaba lo que tenía pasar: que andábamos pateando aquellos cerros de Andújar, con un negro porvenir. La excursión había valido la pena, no lo niego, pues por allí la tierra es divina, pero ahora la íbamos a pagar.”

Los hombres de EL Moco, “el terror de la gente del orden, pues tan pronto aparecía por los montes de Córdoba, por la serranía de Ronda, como por la de Aracena...” (pág. 232), los había secuestrado. El Moco, un tipo famoso de la FAI había llegado a comandante en la guerra, era el jefe de una partida que obligará a Dieguito a ir a Andújar y regresar para salvar a la mujer a cambio de pagar un rescate. A ella la llevarán a para la noche a una ermita. A la mañana siguiente, cuenta Lola: “... estuve ayudando al ermitaño a componer unos rústicos rosarios que, pasados por la Virgen, vendía a las devotas de la sierra” (pág. 248). Nos dice que muchas mujeres se acercaban a la ermita a pedirle algo a la Virgen y una señora dice: “Tú sabes, Señora, que mi Manuel ha trabajado mucho, pero mucho y que hoy es el más famoso alfarero de Andújar” (p. 250). Le pide a la Virgen quedarse embarazada de Manuel. Con las primeras sombras del crepúsculo, reaparece Jacinto, el ermitaño que hecho una fiera dice: “Ahí por las Viñas, me he encontrado a dos mujeres de Andújar que volvían de aquí. Y una de ellas está como loca. Dice que le ha hablado la Virgen, que hubo milagro. Has sido tú. Has tenido que ser tú.” (p. 253). En la siguiente página, una de los hombres canta: “En la gran Sierra Morena/ de tantos delitos capa,/ amparo de aquel que ofende/ defensa del que mal anda.”

El secuestro termina felizmente y Lola y Dieguito seguirán su camino hacia Córdoba.

En 1975, aparece la 3ª parte de esta trilogía: “Asesinato de Lola, espejo oscuro”. Casi todo el entramado argumental se centra en las relaciones de Lola con un marqués y con su hijo. Es esta una novela más política, con un punto metaliterario. Aparecen Tierno y García Calvo, se cita a Borges, a Nietzsche...e incluso hay una reivindicación historicista sobre el inicio de la prostitución. Los recuerdos del pasado se suceden. En p. 86 (Ediciones G.P., Barcelona, 1975) leemos: “Después rompí con el Diego, que era el hombre de turno que me lo pagaba todo y que andaba más que cabreado desde que tuvo que soltarle a El Moco mi rescate...” Y en p.169: “¿Qué me secuestraban los maquis de la sierra de Andújar cuando era mozueta, para sacarle unos billetes al tío que me tenía entonces retirada?”

La trilogía de ‘Lola’ nos parece un interesante recorrido por un país condenado a vivir un tanto condicionado por su doble moral judeo cris-

tiana y una curiosa variante del protagonismo de Andújar y su entorno en la historia de la literatura.

VI. 6ª REFERENCIA. ANDÚJAR, AÑOS 60 EN “TIERRA DE OLIVOS” DE ANTONIO FERRES

Leyendo el libro de Sergio del Molino (“La España vacía. Viaje por un país que nunca fue.” Turner, Madrid, 2016, 5ª reimpresión) tropiezo en p. 60 con el siguiente párrafo: “En Andújar, al norte de Andalucía, muy cerca ya de la meseta, se excavó una mina de uranio que aún hoy, enterrada bajo toneladas de hormigón, desprende radiactividad y afectó gravemente a la salud de muchos vecinos.” El numerito 28 me conduce a las notas: “Según unos análisis de orina del año 1964, los empleados (de la fábrica de uranio de Andújar) tenían en torno a 116 microgramos de uranio por litro, cuando el límite de seguridad estaba en 0’8 microgramos”. Es parte de una crónica de Ginés Donaire para El País, Sevilla 7 de junio de 2008. Ese mismo periódico, el sábado 20 de octubre de 2007, ya había sacado una información firmada por Julián Diez con fotografías de Santi Burgos, cuyo titular era: “El precio real del uranio”. Una de las tres fotografías, a toda página, es la de Andrés de la Fuente y José soto frente a la valla de las instalaciones de la fábrica de Andújar. Toda esta información me llevó a releer el libro del que ya hablé en el diario Jaén el 27 de abril de 2007. Hablé y hablaré de “Tierra de olivos” de Antonio Ferres, publicado en 1964 y reeditado en 2004 por la editorial Gadir.

Antonio Ferres (Madrid, 1924) había publicado en 1959 “La piqueta”, una novela social en la que la descripción morosa del desahucio de una familia campesina emigrada a Madrid, a la que la municipalidad destruye la chabola, centra la acción. Con anterioridad, en 1954, su autor había conseguido el Premio Sésamo y en 1964 hubo de emigrar, no regresando a España hasta 1976.

En la presentación editorial de “Tierra de olivos” (2004) se nos dice: “Nos recuerda a Azorín y a Ignacio Aldecoa, y pertenece a la estirpe de obras como ‘Viaje a la Alcarria’ de Cela, y ‘Campos de Níjar’ de Goytisolo, con las que es comparable en cualidades, aunque difiere de ellas lo suficiente como para afirmarse en su singularidad.” En la reseña que apareció en Mercurio (junio de 2005) titulada “La Alcarria andaluza”,

León Lasa escribe: “En ‘Tierra de olivos’, Ferres nos recuerda cómo era en 1964...la Andalucía del interior, la de Jaén y Córdoba, principalmente; cómo vivían sus habitantes, acechados por el hambre, la desesperanza, por el miedo.”

En “Tierra de olivos”, un viajante de comercio nos describe una parte de la geografía andaluza, casi a vuelo pluma, reparando, sobre todo, en la voz de trabajadores, cual vivos que miran la emigración como la única salida al estado de miseria y desamparo en el que habitan. El libro tiene dos partes. La 1ª consta de 7 capítulos, desde Lucena y Rute a Montilla, pasando por Loja, Sierra de Chanzas, Algarinejo, la raya de Córdoba, Priego, Alcaudete, Martos. La 2ª consta de 3 capítulos: “Un viaje en tren. Guadalquivir arriba hasta Montoro”, “Andújar, Bailén y su batalla” y “De paseo por Linares. Baeza, olivares y ruinas”.

El libro se abre con unos versos de Eugenio de Nora, de su libro “España, pasión de vida” (1963): “La guerra, la paz sorda/ impiden siempre la verdad primera/ de las palabras...” La realidad española es un epíteto metafórico: la paz sorda. Los versos citados terminan en un símil: “Ah, sólo las palabras/como flores ahogadas en un charco de lodo”. La paz sorda provoca una música callada, el silencio de las palabras ahogadas en un charco de lodo.

Desde el principio comprendemos que el viaje es un hecho repetido en el que el viajante oye y recoge elementos del habla popular: ná por nada, usted por usted, recogeores por recogedores, tó por todo, etc. La penetración antropológica se deja notar en descripciones de vestimenta, por ejemplo: “...parecía un cortijero, pues llevaba blusa gris, desabrochados todos los botones de la pechera, y pantalones con costrones de barro” (p. 20); en diferencias de género: “Ellas ganan ocho duros menos seis reales” (p. 23). No está exento el libro de lirismo: “Reverbera el blanco a la luz de la luna creciente” (p. 17).

Las páginas dedicadas a Andújar son siete. Nuestro viajero llega a la ciudad en la caja de un camión con dos maletas, casi de noche, desde Montoro. En p. 183 leemos: “A través de la oscuridad se presiente la cercanía de las huertas, de la tierra húmeda y vegetal. Huele a estiércol. Se ven canalizaciones blancas, en forma de uve, como artesas montadas sobre patas de cemento. La fila blanca de canales altos se pierde entre los chorros de luz de los faros. Azotan los faros del camión la carretera.

-Eso es para regar la zona de entrada del pueblo. Así entre los regadíos del Rumberal y los del Guadalquivir no habrá quien le meta mano a esta huerta de Andújar en toda Andalucía- comenta el chófer. Es un tipo moreno, de barba cerrada y nariz roma, con el pelo escaso. A su lado se sienta en muchacho que ha de ser el mozo o ayudante del camionero. Tiene facha de campesino y va en camisa corta, remangada, a pesar de que todavía no hace tiempo de desabrigarse a esta hora de la noche.

El camión suena como una carraca, y está a pique de quedarse parado en un repecho suave de la carretera. Pone mala cara el chófer.”

En un taller, un chavalillo se presta a guiar a nuestro viajante. Lo lleva a la pensión del futbolista. En pp. 186-187 leemos: “...me dejo llevar por el muchacho a través de un barrio de casas blancas, callejas y plazuelas que parecen de un pueblo cordobés, aunque Andújar es ya tierra de Jaén. Todo el pueblo es llano como su campo. Algunas casas tienen escudos de armas en las portadas. En su interior se abren patizuelos también blanqueados de cal de punta a punta, resaltando en lo oscuro. El centro del pueblo tiene aire de capital de provincia, y hay gente en las calles y plazas, a pesar de la hora que corre. El tiempo está tibio, un poco entoldado el cielo, dejando claros por los que se ven las estrellas. Delante del supermercado ‘Superperla’ -que así se llama- hay un corro de viejos, silenciosos, mirando a la gente que pasa.”

La pensión del futbolista sería la que en la calle Vendederas regenta la familia Martínez. El chaval le pregunta si quiere que le enseñe el pueblo. El viajante pregunta:

“-¿Cómo es este pueblo?

-Pienso que igual que tós los pueblos grandes. Hay un palacio que tío mucho mérito, y las iglesias que dicen de San Miguel y Santa María, que son muy bonicas.

.....

-¿Hay aquí industrias?

-Fábricas de jabón hay lo menos veinte, aunque casi toas chicas; pero de mecánica ná.

-También hay una fábrica de cosas atómicas-digo, recordando lo que he leído en los periódicos.

-¿De qué? ¡Ah! De eso que llaman juranio, ¿verdá usted?-Se corta- Yo lo que quiero es aprender un buen oficio...”

El diálogo entre el chico y el viajante es definitivo, sutil, para acercarnos a la realidad socioeconómica de Andújar en los años 60 del siglo XX. Y así explicamos la cita inicial: una fábrica de ‘cosas atómicas’. La estrategia narrativa nos lleva a lo que las Conversaciones de Formentor, propiciadas por Cela, llamó objetivismo. Ver y contar lo que se ve, aparentemente sin mayor profundidad.

Nuestro viajante pasea por la Plaza de España, le llama la atención la lápida del Ayuntamiento: “A los heroicos y triunfadores guerreros de Bailén”. Ala mañana siguiente toma café cerca del supermercado. Un tendero le cuenta que un industrial pensaba poner una piscina moderna y de queja de lo moderno. El tendero va a buscarle “un viaje de balde” hasta Bailén. Llama a don Fernando que está abriendo un Seat 600 pintado de verde. Y así, en p. 190 leemos: “Salimos de Andújar, dejando a la derecha el campo de fútbol. El dueño del coche conduce despacio y con sumo cuidado. No aparta la vista de la carretera y suena la bocina en todas las curvas y repechos. No es hombre de muchas palabras, por lo que parece.

“Tierra de olivos” es una mezcla de novela o relato social con narración de viajes. Se nos muestra una parte de Andalucía en su subsistencia vital con un prisma de escepticismo político de izquierdas. Hablar de este libro, de este autor, no es sólo hablar de Andújar, al fin sólo unas páginas en una extensa carrera literaria. Es hablar de la lectura de una obra, de un autor olvidado por el régimen franquista y por más. En 2005, el 17 de marzo se le hizo un homenaje en el Centro Cultural Blanquema. En una entrevista realizada por Paloma Torres dijo: “La literatura es compasión pero sin milagrería”. En 2009 aseguró: “El escritor escribe hasta en el infierno.”

VII. 7ª REFERENCIA. LITERATURA, LEYENDA Y CINE. ANDÚJAR Y EL BANDOLERISMO. DIEGO CORRIENTES

En su nouvelle “Los ladrones”, tercera de sus “Cartas de España (1831-1832), fechada en Madrid, noviembre de 1830, Merimée escribe: “Estoy ya de regreso en Madrid tras haber recorrido durante varios me-

ses, y en todos los sentidos, Andalucía, esa tierra clásica de los ladrones, sin encontrar a uno solo. Casi siento vergüenza. Me hallaba dispuesto a ser atacado por los bandoleros, no para defenderme, sino para hablar con ellos y preguntarles muy cortésmente sobre su estilo de vida. Al mirar mi traje, gastado en los codos y mi escaso equipaje, me pesa no haber visto a esos señores.”

Merimée, que reconoce no haber visto un solo bandolero, sí recurre a ese personaje y su temática como argumento oral de su época. Dice: “...si no he visto bandoleros, en cambio no me han hablado de otra cosa.” ¿Quiénes? Los postillones y los venteros. Estos son los que, tras una situación dialógica, provocan en el relato de Merimée una narración que no sabemos si real o ficticia. Así, la primera anécdota tiene lugar cerca de La Carlota, donde será atacada la diligencia de Sevilla. “...honrados granjeros que se han entretenido en el mercado de Écija, regresan a su pueblo y viajan en grupo, armados a causa del gran temor a los bandoleros”. Se menciona a José María, hemos de suponer El Tempranillo. Y se nos cuenta: “Se celebraba una boda en un caserío de Andújar, que asistía a la boda, se había puesto pálido como un muerto”. No obstante, fruto de una gran cortesía, el bandolero brindará con la novia y no habrá escándalo. Para Merimée, el bandolero se convierte en una figura caballeresca que “hace revivir las costumbres caballerescas de los antiguos paladines.

En su “Viaje por España” Hans Christian Andersen se mofa del empeño de Alejandro Dumas por experimentar un ataque de bandoleros y nos dice: “Cuentan que antes de llegar a España, Alejandro Dumas le envió a un conocido un talón de mil francos para que preparase una emboscada. El bandolero contestó que había cerrado el negocio.” Estamos en el capítulo 15: “A Madrid por Santa Cruz de Mudela”. Pasamos por Andújar. Podemos leer: “Aún no se había puesto el sol cuando llegamos a Andújar, un pueblo que con sus tiendas y multitud de gentes por las calles tenía un aspecto totalmente distinto de Córdoba.”

Andersen regresa a Copenhague casi engañado, no tanto como Gautier que llegó a decir: “No he visto ni un bandido ni un trabuco, ni un ladrón en nuestra larga peregrinación a través de las regiones consideradas como las más peligrosas de España, en una época favorable a esta clase de encuentro.” Verdaderamente desilusionado, como lady

Matilda Betham-Edwards que casi pleitea con la agencia turística Cook's por haber defraudado sus legítimas expectativas de aventura.

Como nos dice Carolina Rodríguez López en “La España querida y la España inventada: Viajeros y turistas en la España contemporánea”, en “La mirada del otro”, Fórcola, Madrid, 2016, la excitación romántica popularizó la figura del bandolero, eligiendo paisajes como el desfiladero de Despeñaperros para sentir temblor ante la idea de caer en manos de esos famosos salteadores que nunca llegaron a ver. La figura del bandolero ejerció un atractivo morboso en el imaginario literario de los viajeros románticos. Y como en su día planteara Manuel Bernal Rodríguez (“El descubrimiento europeo de Andalucía” en *Hª de Andalucía*, tomo VIII) el bandolerismo andaluz decimonónico gozó de fortuna literaria tan especial y de popularidad tan sobresaliente que ocasionó que entre bandolero y Andalucía se estableciera una relación privilegiada, hasta el punto de que cuando se habla de bandolerismo se suele entender referido a Andalucía. La leyenda superó a la historia. Como plantea Xavier Andreu Miralles (“El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional”. Taurus, Barcelona, 2016.) el romanticismo europeo encontró en el bandolero uno de aquellos tipos sublimes que encabezaban el espíritu de independencia y rebeldía contra la sociedad.

Un ejemplo literario será “Diego Corrientes o el bandido generoso” de José María Gutiérrez del Alba, quien se significaría durante el bienio progresista por sus ideas avanzadas y sería condenado como reo político en Ceuta en 1856. Gutiérrez del Alba llegó a ser una figura del género chico, de la zarzuela. En 1861 estrenó “Un jaleo en Triana”, con música de Isidoro García Rosetti. Sobre las tablas una serie de personajes ya conocidos: majo, majas, boleras, gitanas. La acción transcurre en una escuela de baile del barrio sevillano de Triana en la que la rumbosa morena Pepa proclama la superioridad de la música andaluza frente a la extranjera; tópicos y estereotipos que el costumbrismo español no logró pulir. “Diego Corrientes o el bandido generoso”, drama andaluz en tres actos y en verso, se imprimió en 1848, en Madrid, en la imprenta de J. González y A. Vicente, calla de la Flor Baja, nº 24. Leemos la edición de Fundación El Monte, Sevilla, 1997, realizada con motivo del centenario de la muerte de su autor. La introducción es de Luis Pérez Moreno. La obra está dedicada a don José María Dardalla, en prueba de amistad.

Sería éste el actor que en el reparto representara el papel de Diego Corrientes. Dardalla llegó a estar considerado como el 1º gran actor del género gitanesco. Nació en Sevilla en 1821 y murió en Bilbao en 1868.

La obra pone en boca de la mayoría de sus personajes toda la variedad de rasgas de pronunciación dialectal; todas las variantes vulgares del discurso andaluz. Diremos que se representan en el habla pérdidas de consonantes finales, aspiraciones vocálicas, yeísmo, seseo, pérdida de la -d intervocálica, aspiración de la h- inicial, numerosos usos léxicos del lenguaje caló, etc. La obra arranca en la Venta de la Alcantarilla, en el camino de Utrera a Jerez. Consuelo espera impaciente la llegada de Diego, su novio. Sueña que el rey dé un indulto que aleje a Diego de la ‘mala vida’. Sabemos que por la cabeza del bandolero dan ‘dos mir dosientos ducaos’. Una voz canta: “Ayá va Diego Corrientes/ con su cabayo cuatrarvo,/ su jembra en el pensamiento/ y su trabuco en la mano”. El núcleo de la acción dramática se comprende con la aparición de la marquesa del Nardo, que busca a una hija natural de su difunto hermano. La marquesa lleva una sortija con un número que ha de cuadrar con el de un relicario. El depositario de los bienes hereditarios, don Rufo Borrascas, pretende que el relicario no aparezca. Imaginaremos y así será que Consuelo es la dueña y portadora de dicho objeto. Un personaje maligno ayuda a don Rufo, el Renegado. En la escena VI del acto II le dice a Consuelo: “Dos sendas tiene usted enfrente;/ tomar una es necesario:/ o me da usted er relicario/ ó muere Diego Corriente.” La confesión hará que Diego Corrientes sea arrestado. El juez en la escena IV del 3º acto le pregunta: “Decid: ¿por qué sois ladrón?”. La condena es contundente: pena de muerte en la horca. La marquesa, clarividente dice: “Hombre sublime y valiente, / heroico en tu corazón./ Yo alcanzaré tu perdón/ a los pies del asistente”. El cercano final es providencial. Todo se aclara. El rey indulta a un reo de muerte. Consuelo será heredera y Diego termina diciendo: “Ya se acabó en este suelo/ aquer que a naide temía; / aquer que en Andalucía/ por los caminos andaba, / er que a los ricos robaba,/ y a los pobres socorría”. Fin. Justicia providencial. Dios recurrente. Salvación del drama. Aplausos.

La victoriosa idea de que el bandido rebelde impone su justa ley sobre la ley impuesta caló muy hondo en las clases populares y tuvo en la conciencia ideológica una fuerte unión con las reivindicaciones sociales

del campesinado. La intención moral del autor se mueve en esos parámetros de búsqueda de una solución social a la problemática realidad de una comunidad avasallada. Como dice José Luis MORENO en su introducción: “En la génesis del drama *Diego Corrientes* intervienen, al menos, dos elementos claves: uno, ideológico y otro, familiar. El primero está basado en la innata personalidad social de Gutiérrez del Alba, que, desde joven, tendería a puntualizar el carácter real -no tópico- de su Andalucía profunda. El segundo se refiere a la elección del protagonista de su obra, *Diego Corrientes*, al que eligió por su fama y, sobre todo, por la generosidad para con su abuelo, a quien le robó un caballo preferido y luego se lo devolvió”.

Diego Corrientes Mateos, bandolero, nació en Utrera el 20-VIII-1757. Carlos III ordenaría en 1780 su captura, estableciendo una recompensa de 100 piezas de oro por su cabeza. Tras su huida a Portugal, sería atrapado en Cobillán (Badajoz) por el gobernador de Sevilla y una compañía portuguesa al mando del capitán Arias. Capturado y trasladado a Sevilla será juzgado y condenado a morir en la horca. Después su cadáver sería descuartizado y, como era costumbre, partes de su cuerpo serían enviadas a cada una de las provincias en las que había actuado. La cabeza, en Sevilla. Allí apareció enterrada en la iglesia de San Roque a finales del siglo XX, en unas obras, con un garfio clavado en el cráneo. La leyenda popular siempre resaltó la generosidad del bandido con los pobres.

En 1866, apareció la novela de Manuel Fernández y González titulada: “*Diego Corrientes. Historia de un bandido célebre*”. El cine español también se hizo eco de la popularidad de este personaje. El 19 de abril de 1937 se estrenó en el cine Capitol de Barcelona la película de Ignacio Iquino “*Diego Corrientes*”. Y en 1959, el director Antonio Isasi Isasmendi dirigió una nueva historia de este bandido, interpretado por José Suarez. Muchos de sus exteriores fueron rodados en Andújar.

La película es: 1778. *Diego Corrientes* (José Suarez, pañuelo azul, caballo blanco de nombre Sultán) desciende un pedregal; se acerca a su pueblo. La sequía ha provocado la ruina; el sr. Conde ha doblado los tributos. Antes, en el camino, Diego se presta a ayudar al sr. Conde, cuyo carruaje ha sufrido avería. Del interior del coche, Ella, la prometida del conde, lo mira atentamente. Martín, amigo de Diego, y su familia van

a ser desahuciados. El pueblo está agitado, la sensatez de Diego sugiere ir a ver al corregidor. Allí va todo el pueblo. Su excelencia ‘habita’ y corrige en el Ayuntamiento de Andújar (escenario). La plaza llena de un pueblo anhelante. Entra por el Arco de correos (escenario) una diligencia. Desde el balcón del Ayuntamiento, el corregidor contempla el temple de Diego. Hay comprensión. Diego ayuda al sr. conde y a su prometida, hija del corregidor, a atravesar la multitud que llena la plaza. El conde y el corregidor aparecen enfrentados. Aquel no quiere aplazar los desahucios. Por engaños, y a orden del conde, Diego es prendido y atado a un pino. Aparece Ella: la hija del corregidor, y lo atiende; se rasga las enaguas para curar las heridas de Diego. Se llama Beatriz. Antes, en la Venta, conocemos a Carmela, baila para Diego. Él tiene un pañuelo bordado de Beatriz que huele. El conde ha preparado otro engaño. Lucas, de Carmona, mayoral, contrata a Diego para llevar caballos a Évora. Será acusado de robo. Confía Diego en la justicia real a pesar de los pesares. Apresado, se lo llevan a Sevilla. Carmela y Agustín lo van a salvar, pero en el intento de fuga hay un accidente: el sargento que va en el pescante muere. Dolor y pesadumbre de Diego. Será ladrón y asesino sin serlo. ¿Solución? A la sierra. Hay que desenmascarar al conde. Diego pide a Dios que haga por su inocencia, reparte dinero entre los pobres, vivita al padre Blas para que le ayude a demostrar su inocencia, duda. 20.000 dan por su cabeza. El conde sigue haciendo de las suyas. Diego se entrega para salvar el futuro de su gente. Otra vez el plano del Ayuntamiento, magnífico. Es condenado a la horca. Beatriz habla. ¿Y el coche? ¿Y el tal Lucas? Dirán la verdad. Existe la justicia del rey que culpa al conde y exculpa a Diego. Por el lateral norte de la iglesia de San Miguel salen los tambores que anuncian el suceso. Diego besa la cruz, la orden exculpatoria llega a tiempo, se suspende la ejecución. Surge la furia del conde. Diego le persigue. ¿Y ellas? Últimos títulos de crédito: “La leyenda supera a la historia”. La leyenda sobre este personaje será muy duradera. Llegará a salir un tebeo en la colección Gente de Bronce: su precio, una peseta. Llegará a haber un castillo, un museo de Diego Corrientes, etc.

Y no podemos olvidar otra película: “El pequeño coronel” con Jose-lito como protagonista. La dirigió Antonio del Amo y también fueron rodados algunos exteriores en Andújar y en su sierra. Joselito, hijo del

coronel José de Alvear, ve cómo su padre tiene que marchar a la guerra. Pasa el tiempo, don Martín, un impostor, se hace pasar por heredero y quiere suplantar a Joselito y hacerlo desaparecer. Contrata un grupo ‘malo’. Joselito, que ha huido, encuentra a un grupo ‘bueno’. Final feliz.

El tema de los litigios hereditarios, utilizados, alterados por ‘otros’ y la aparición de bandoleros seguía en nuestro cine a finales de los 50 y principios de los años 60 del siglo XX. Un grupo de bandoleros buenos en la película de Joselito, lo nombran capitán y ayudan a esclarecer los hechos. Andújar será un bello escenario.

Una conclusión: creemos nada discutible un maniqueísmo anacrónico y/o historicista: el mal es extenso y está siempre presente; el bien existe y está sustentado en algún credo o tendencia o persona y aparece más tarde o más temprano.

VIII. 8ª REFERENCIA. ANDÚJAR Y LAS INUNDACIONES DEL GUADALQUIVIR

En abril de 2016, al adquirir en nº 74 de la revista *MuyHistoria*, dedicado especialmente a “El mundo de Cervantes”, recibí de regalo un libro: “El médico de Córdoba” de Herbert Le Porrier. Este autor, nacido en Cernauti -Ucrania- el 13 de marzo de 1913, emigró a Francia en 1932; allí estudiaría medicina, graduándose en 1940. En 1942 se alistó en el ejército francés y en 1945 se instaló en París, donde moriría en 1977. “El médico de Córdoba” se imprimió en 1974 en Editions du Seuil y se tradujo al español en 1977 para Penguin Random House. La edición de bolsillo que leemos es de 2008, traducción de Jesús Alegría.

El resumen de portada dice: “En el siglo XII Córdoba era una ciudad de calles pavimentadas, magníficos jardines y con una de las universidades más reputadas del mundo medieval. En ella convivían tres culturas: la árabe, la cristiana y la judía. Cuando cierra los ojos, el anciano Moisés Maimónides evoca esa ciudad privilegiada de su niñez. Y los recuerdos se desgranán: la huida de su familia tras la invasión almohade y el largo camino y el largo camino del exilio que lo lleva a recorrer toda la costa del Mediterráneo, al tiempo que su fama como médico, filósofo, teólogo y, sobre todo, sabio se va acrecentando hasta hacer de él una de las figuras esenciales de la historia del pensamiento.” Y en su epílogo podemos

leer: “Moisés Ben Maimón, llamado Abú Amram Ibn Abd Allah, llamado también Maimónides, o Rambam, apodado el Águila de la Sinagoga por los escolásticos cristianos, nacido en Córdoba el año 1135 y muerto en El Cairo en 1204, ha sobrevivido gracias a sus escritos durante medio milenio, y sigue aún en la conciencia de numerosas personas, a pesar de que su medicina, su teología y su filosofía hayan caído en desuso. Las traducciones de su “Guía de perplejos” se reeditan constantemente en diversos idiomas...Gracias a él, la ciencia y la filosofía griegas penetraron con pasos quedos en Europa, hasta que los hombres del Renacimiento las devolvieron abruptamente a sus fuentes.”

A la evocación de sus años pasados en el corazón de Andalucía le debemos otra referencia literaria a Andújar. Así, en pp. 65-66, Maimónides dice: “Me parece poco probable que mi ceguera me hubiera permitido ignorar que, alrededor de los lugares recónditos de mi ser, Andalucía se estaba deshaciendo como el yeso mal amasado. La peste visitó la costa de Málaga, se insinuó en Antequera y asaltó Cádiz y Sevilla. Córdoba se cerró y vigiló, y durante el período epidémico yo llevaba, al igual que todo el mundo, un collar con diente de ajo debajo de mi camisa. Seguramente la receta era buena: nos salvamos. Hacia Almería la tierra tembló, la montaña se puso en movimiento y engulló pueblos y arrabales. Hubo una guerra entre Granada y Jaén, sin vencedores ni vencidos, sólo millares de muertos por ambas partes. En Andújar, el Guadalquivir se salió de su lecho e invadió la llanura, arrastrando consigo casas, personas y rebaños.”

La novela es, sobre todo, la reivindicación de la convivencia de las tres grandes culturas que han definido nuestro tiempo: hebrea, árabe y cristiana. Buena lectura para tiempos convulsos. Y ya ven, según nuestro autor, ya hubo inundaciones del Guadalquivir a su paso por Andújar en el siglo XII.

IX. 9ª REFERENCIA. ANDÚJAR: EL CORAZÓN MANDA

El 20 de marzo de 2007 se terminó de imprimir el libro “El corazón manda. Viaje sentimental por una Andalucía insólita” de Manuel MATEOS PÉREZ (La Carolina, 1970), escritor, periodista y editor. Se trata de una joya de edición con dos ilustraciones de Diego Gadir y un des-

plegable final de M^a Jesús Casermeiro, responsable también del diseño, de la maquetación y de las viñetas. La edición estuvo al cuidado de Manuel García, y asesoró en cuestiones de maquetación Claudio Sánchez Muros. La editorial Point de Lunettes, de Sevilla, contó con el apoyo de la Consejería de Turismo, Cultura y Deporte de la Junta de Andalucía.

En su reseña de “Revista de libros” (nº 132, diciembre de 2007, pp. 13-14) titulada “Andalucía, el viaje como pretexto”, nos dice Emilio Soler Pascual: “El subtítulo del libro, magníficamente editado, representa una observación inquieta, más que una mirada apasionada, que también, sobre rutas y lugares de una Andalucía no tan insólita como se pretende, sino marcada por la huella indeleble de un pasado que, no por olvidado, resulta menos espectacular.” Hablaremos de ello, pero vayamos por partes. En primer lugar, su título: “El corazón manda”. La transitividad del verbo se pierde. La pregunta ¿qué manda el corazón? no existe. En pp. 152-153 nos dice Mateo Pérez que “el corazón manda es una máxima y una certeza”. Para él es la frase que “parece anidar en la obra del pintor cordobés”. Se refiere a Julio Romero de Torres. Y es la frase que está escrita en piedra en la fachada de la Casa de los Tiros de Granada. “El corazón manda apela al amor caballeresco y se anticipa al amor cortés...” Algo nos dice que el autor nos explica cómo los mandados del corazón hay que seguirlos aunque puedan traer complicaciones. El corazón nos lleva, viene a decirnos. Bien. En segundo lugar, si ‘viaje sentimental’ lo denomina su autor, no lo entendamos a la manera de Laurence Sterne en su “Viaje sentimental por Francia e Italia”. Su viaje, el de Manuel Mateo es un viaje leído más que un viaje vivido, aunque eso sí, el conocimiento es selecto y bien escrito. Su memoria es enciclopédica e historicista. Y a veces parece más bien un viaje lírico, por ejemplo: “Un sol tímido emborrona el horizonte con colores infantiles que parecen agarrarse a los cerros ondulantes y curvos donde comienzan a aparecer los primeros olivos” (p. 21).

11 son los capítulos que componen el libro. Todos enunciados con un sintagma nominal que transporta una significación emocional: La huida, La sombra, La lluvia, El poema, La ausencia, La palabra, La línea, La curva, El retrato, El llanto. El corazón manda. El libro comienza con un viaje en tren: Despeñaperros-Cádiz. En p. 20, una rotunda definición: “Despeñaperros es algo más que una frontera: es un límite psicológico

entre dos realidades culturales, entre dos modos de mirar. Para unos sus montañas han constituido una barrera insalvable, mientras que para otros han representado un reto que vencer”. Hablar de Despeñaperros, al hilo del libro de Manuel Mateo Pérez, es hablar de Potocki. Despeñaperros es nombre alusivo según el conde polaco a los perros o moros, que así les llamaban, según él, los cristianos, despeñados tras su derrota en las Navas de Tolosa; es recordar la línea que no se atrevió a cruzar Don Quijote; es hablar de Olavide. Y Cádiz: la plaza Mina, la librería Falla, Marguerite Yourcenar. Y la sierra de Huelva y Sevilla. Y Granada y Morente y Juan Ramón y ‘El ladrón de agua’ y Olvidos. Úbeda y Vandelvira; Baeza y Machado; Córdoba y Baroja y la plaza del Potro y Romero de Torres. Y Málaga y Picasso. Y el 30 de enero de 1921 y la mina Araceli, La Carolina, Manuel Andújar. Hay dos Andalucías, una horizontal y otra vertical. Manda el corazón.

Y llegamos a Andújar: “Al igual que el Duero, el Guadalquivir también traza una curva de ballesta. Y lo hace en tierras de Jaén, en los límites con la Sierra de las Villas, cuando el río pierde su inocencia de niño y empieza a encabritarse como un adolescente díscolo y descreído. A la altura de Andújar el Guadalquivir comienza a comportarse como un río mayor. Su caudal aún no es muy abundante, pero sus meandros, sus riberas, el color de sus aguas, la templanza de su lámina líquida le confieren una madurez de la que carecían sólo unas leguas atrás. Andújar tiene una estación destartalada y romántica, de grabado decimonónico. Hay vagones varados en inservibles vías, como dinosaurios disecados o, mejor aún, como taxidermias arrinconadas, como trofeos cobrados en alguna cacería y olvidados ya en beneficio de piezas mayores. Los vagones solitarios tienen un aire de tristeza, allí expuestos en el rincón de las vías muertas. Ajenos a su soledad, unos viajeros se suben al tren parado, colocan sus equipajes, se ajustan sus chaquetas y se acomodan en los asientos. Miran por sus ventanas y algunos se despiden con una sonrisa y un gesto de tristeza, fastidio o alivio de alguien que desde el apeadero agita su mano, clavando sus ojos en el cristal sucio del vagón.

El tren discurre por un camino invariable, asido a una vía de dos raíles que lo conduce siempre a un mismo sitio. En el tren no hay huecos para la sorpresa, para la pérdida, para la huida. Una vez sus ruedas encajan en el interior de las vías metálicas no cabe marcha atrás. Andújar se

halla a los pies de Sierra Morena, en terrenos llanos y fértiles, de vegas y extensas depresiones. Desde las ventanas del vagón el viajero advierte los campanarios de las iglesias de Santa María la Mayor y de San Miguel, la torre del Reloj con sus pequeñas almenas y el mirador renacentista del palacio de los Niños de Don Gome. Por detrás del caserío blanco de tejados y antenas se extienden los cerros azulados de la sierra. Sus alturas ocultan el santuario de la Virgen de la Cabeza, que se alza sobre un cerro que desde el siglo XIII llaman del Cabezo. El santuario reconstruido tras los bombardeos de la guerra del 36, fue en su origen uno de los primeros lugares de peregrinación de tradición mariana. Hasta estas soledades llegó un día de últimos del mes de abril de 1591 Miguel de Cervantes que en ‘los trabajos de Persiles y Sigismunda’ contó a sus lectores los detalles de una jornada de romería de finales del XVI.” (pp. 22-23).

El viaje peca de anacronismo, parece no tener tiempo. Apenas hay gente, apenas hay vida. La Andalucía de “El corazón manda”, eso sí, sigue la estela del más puro romanticismo. La belleza se lleva en la palabra.

X. 10ª REFERENCIA. ANDÚJAR EN “VIAJE POR EL GUADALQUIVIR Y SU HISTORIA” DE JUAN ESLAVA GALÁN

En la ingente obra literaria de Juan Eslava Galán, la literatura de viajes nos había mostrado dos ejemplos destacables: “Un jardín entre olivos” (2004) y “Viaje a la costa de las ballenas” (premio de literatura de viajes Villa de Llanes, 2006). En mayo de 2016 aparece “Viaje por el Guadalquivir y su historia”, fechado en su escritura en Cazorla, mayo de 2015 y Sanlúcar de Barrameda, febrero de 2016. La magnífica edición es de La Esfera de los Libros, Madrid.

Se trata de un libro organizado en 46 capítulos, con anotaciones, mapas, apéndice y bibliografía que, en su centro, acarrea 56 páginas en color con fotografías. El subtítulo de cubierta explica: “De los orígenes de Tarteso al esplendor de América y los pueblos de sus riberas”. En el prólogo del autor, el Guadalquivir es considerado dentro de ese trío de ríos culturales que han configurado el devenir europeo, con el Rin y el Danubio. Los seis primeros capítulos explican el sentido histórico-mi-

tológico del río, desde Tarteso, “quizá trasunto de la mítica Atlántida” (p. 13). Más allá de lares y penares, el Guadalquivir nace en Cazorla y allí inicia Eslava su paseo por el río grande. Utiliza Eslava el sintagma ‘el viajero’ para hablarnos como narrador. Esa 3ª persona ya fue usada por Cela en su “Viaje por la Alcarria”. Una elegante distancia narradora. Las referencias a lo cotidiano están presentes desde su inicio, por ejemplo:

- Su opinión sobre la enseñanza: “...el cataclismo de la Logse” (p. 46).
- Sus comidas: “Una cena de rin-ran (ensalada de bacalao, pimientos, patatas y aceitunas); un desayuno de tostadas de pan recién horneado regadas de aceite picual, picantillo...” (p. 47).

Las referencias literarias también están presentes desde el principio: Machado, los Álvarez Quintero, Baroja, Hemingway, Muñoz Molina, San Juan de la Cruz...

El capítulo 18 es Andújar. Su título: “Andújar, orilla rumorosa”, epíteto poético para pasar por la ciudad siguiendo la ribera del río. Para Eslava, Andújar es la confluencia de la vía de Despeñaperros con el Guadalquivir. “En Andújar podemos decir que empieza Andalucía...” (p. 128). Según él una ciudad proclive al amor en la que tiene el viajero muy buenos amigos y muy buenos recuerdos. Esa opinión sobre la proclividad del amor en Andújar, lleva al viajero a contar la pasión entre Abdelasis y Egilona, una leyenda medieval que ya publicara en el especial de Feria de “El Nuevo Guadalquivir” en septiembre de 1993. También usó entonces el epíteto “orilla rumorosa”. Según la leyenda, Egilona murió de amor en el alcázar de Andújar. En p.129 leemos: “El Guadalquivir, cuando llega a Andújar, es un río respetable de aguas lentas y pardas por la tierra que arrastran”. Menciona de soslayo la necesidad de dragados que requiere su cuenca fluvial. Dos párrafos siguen en los que el viajero habla de EL puente romano. Y termina citando a Quevedo que, en el nutrido séquito del monarca Felipe IV por Andalucía, nos dejó sus palabras en una carta de 17 de febrero de 1624: “yo vengo sin pesadumbre y sin cama; que ha seis días que no sé de mi baúl (...) Llegamos tarde a Andújar anoche viernes, sin luz ni guía; donde hoy nos hemos detenido por la gran creciente del Guadalquivir, y mañana porque no se sabe de las acémilas y del carruaje”.

El río sigue su curso. Un viaje extraordinario a su ancho y largo, unas vacaciones pagadas para el gran Eslava. Y nos recuerda la letra de unas sevillanas: “Ay, río Guadalquivir/ que en Jaén fuiste serrano, / en Córdoba hechicero,/ por Sevilla de Triana/ y por Cádiz marinero...Y el final: “A la mar fui por naranjas/ cosa que la mar no tiene./ Metí la mano en el agua,/ la esperanza me mantiene”.